

### En que respandece un rayo de esperanza

En la mañana siguiente, Mario, impelido por la necesidad, decidióse á llamar á la puerta del señor Girousse. Desde que buscaba dinero, pensaba dirigirse al viejo conde, pero siempre había prescindido de tal pensamiento; temía las originales salidas del hidalgo, no se atrevía á confesarle su miseria, avergonzándose de dar á conocer el empleo de los 15,000 francos que solicitaba. Nada más doloroso había para él, que poner á una tercera persona en el secreto de la evasión de su hermano, y temía al señor Girousse más que á cualquier otro.

Cuando el joven se presentó, el conde estaba ausente: había marchado á Lambesc. Casi se alegró de no encontrar á nadie, tanto le costaba dar semejante paso. Permaneció en la calle vacilando, sin valor para ir á Lambesc desesperado de verse reducido á la inacción.

Subiendo por una avenida, acobardado, mirando sin ver, tropezó con Josefina. Eran las siete de la mañana. La ramilletera, muy elegante, con un pequeño saco de viaje en la mano, le pareció muy resuelta y muy risueña.

—¿Dónde váis?—le preguntó con sorpresa,

—A Marsella,—respondió.

Mario la miró como interrogándola.

—No puedo decir nada,—prosiguió.—Tengo un proyecto, pero temo que no salga bien. Volveré esta noche. Vamos, no os desesperéis.

Mario acompañó á Josefina hasta la diligencia. Cuando el pesado coche se puso en marcha, le siguió mucho tiempo con la vista; llevaba su última esperanza é iba á traerle la angustia ó la alegría.

Por la noche, rondó alrededor de las diligencias que llegaban: una sola faltaba y Josefina no parecía. El joven, inquieto, iba y venía con paso febril, temblaba que la ramilletera no volviese hasta el día siguiente. En la incertidumbre en que se encontraba, no adivinando cuál podía ser aquella última tentativa, no se sentía con valor para pasar una noche entera de ansiedad. Paseaba por la calle estremeciéndose, presa de una especie de pesadilla.

Por fin, distinguió la diligencia, en medio de la plaza de la Rotonda. Cuando oyó el ruido de las ruedas, tuvo violentas palpitations. Apoyóse contra un árbol, mirando á los viajeros, que se apeaban con lentitud irritante.

De pronto, quedó como clavado en el suelo. Acababa de ver al padre Chastanier. Ya en la acera, ayudó á una joven á apearse. Era Blanca de Cazalis.

Detrás, Josefina saltó al suelo con ligereza. Estaba radiante. Los dos viajeros, guiados por la ramilletera, se dirigieron á la fonda de los Príncipes. Mario, que había quedado en la sombra, les seguía maquinalmente, sin comprender, como alelado.

Josefina permaneció á lo más una hora en la fonda. Al salir vió al joven, y corrió á su encuentro, loca de alegría.

—Los he traído,—dijo palmoteando;—ahora, espero firmemente que lograrán lo que yo deseo... Mañana lo sabremos todo.

Tomó el brazo de Mario y le refirió lo que le había pasado.

La víspera, una palabra del joven le había llamado la atención. Dijo que sentía no tener tiempo bastante para ganar trabajando la cantidad que se necesitaba. Lo que había contado su tío, había probado que era cosa punto menos que imposible encontrar un prestamista razonable. Reducíase, pues, la cuestión á ganar tiempo, á evitar la exposición infamante de Felipe, que era lo que más les aterraba.

Quedó desde entonces formando el plan de la joven, plan atrevido, que tendría tal vez éxito favorable á causa de su mismo atrevimiento. Quería ir directamente á casa del se-

fior de Cazalis, penetrar en las habitaciones de su sobrina y pintarle el cuadro de la exposición de Felipe, considerando la parte que tal espectáculo tendría de insultante para ella misma. La decidiría á ayudarla, y las dos suplicarían al diputado que interviniese. Si no consentía en pedir gracia, tal vez no se negase en solicitar un aplazamiento.

Pero Josefina no discurría con bastante acierto. Mentira le parecía que el tío de Blanca se resistiera á sus lágrimas: tenía fe en su propio desprendimiento.

Sonaba despierta, pensando que Cazalis se aplacaría á última hora. Aquel hombre altivo y testarudo había querido la infamia de Felipe, y nada del mundo habría podido poner coto al cumplimiento de su venganza. Chocando con él, habría fracasado, nada le hubiera valido rogar, llorar.

Afortunadamente le favorecieron las circunstancias. Cuando se presentó en el palacio del diputado, le dijeron que el señor Cazalis acababa de ser llamado á París por ciertas exigencias de su situación política. Preguntó por la señorita: le respondieron que estaba ausente, que viajaba.

La ramilletera, muy apurada, volvió á salir; ya en la calle, se puso á reflexionar. Sus planes quedaban inutilizados sin la presencia del tío y de la sobrina, sin un amigo para sostenerla. No quería, sin embargo, renunciar á toda esperanza y volver como había venido.

Entonces se le ocurrió ver al padre Chastanier, del cual Mario le había hablado. Conocía su bondad, su abnegación. Tal vez le daría consejos preciosos. Encontróle en casa de su hermana enferma, le abrió su corazón y le explicó el objeto de su viaje á Marsella. El sacerdote la escuchó muy conmovido.

—El cielo,—dijo,—os trae aquí. En tal circunstancia, creo poder revelar el secreto que me fué confiado. Blanca no está de viaje. Su tío, queriendo ocultar su estado y no pudiendo llevársela á París, alquiló para ella una casita en la aldea de San Enrique. Allí vive con una aya. El señor de Cazalis, que me ha devuelto su amistad, rogóme que la visitara con frecuencia y me dió sobre ella poderes bastante amplios. ¿Queréis venir conmigo á ver á la pobre joven, que encontraréis muy desmejorada y abatida?

Josefina aceptó con alegría,

Blanca, viendo á la ramilletera, palideció y se puso á llorar á lágrima viva.

Un ligero círculo amoratado rodeaba sus ojos; estaban descoloridos sus labios, sus mejillas parecían de cera.

Josefina, con voz dulce y tiernas caricias, le hizo comprender que tal vez podía evitar á Felipe, una suprema humillación. Levantóse entonces y exclamó:

—Pronta estoy... Disponed de mí... Llevo á su hijo en las entrañas, que no cesa de recordarme á su padre. Quisiera calmar la cólera de este sér, que todavía no ha nacido.

—¡Bueno!—dijo Josefina.—Ayudadnos en nuestra obra de liberación... Segura estoy que lograréis á lo menos un aplazamiento.

—Pero,—agregó el padre Chastanier;—la señorita no puede ir sola á Aix: yo la acompañaré. Sé que el señor de Cazalis, si llega á saberlo, me llenará de reconvenções; sin embargo, acepto la responsabilidad de semejante acto, pues creo obrar como un hombre honrado.

Tan pronto como la ramilletera obtuvo el consentimiento, apenas dejó al sacerdote y á Blanca el tiempo de prepararse. Volvió con ellos á Marsella, les hizo subir en la diligencia, y así les llevó en triunfo á Aix. Al día siguiente, iría la señorita á ver al presidente que había pronunciado la sentencia de Felipe.

Mario, cuando Josefina hubo concluido su relato, la abrazó entusiasmado, lo que hizo ruborizar á la excelente muchacha.

### Un aplazamiento

A la mañana siguiente, Josefina fué á ver á Blanca y al padre Chastanier.

Quería acompañarles hasta la morada del presidente, para saber en seguida el resultado de su solicitud. Mario, comprendiendo que su presencia debía ser dolorosa para la señorita de Cazalis, púsose á rondar por el boulevard, como alma en pena, siguiendo desde lejos á las dos jóvenes y al sacerdote.

Después que hubieron subido los solicitantes, la ramilleteira vió al joven y le hizo una seña para que fuera á reunirse con ella. Los dos esperaron, sin cambiar una palabra, agitados, ansiosos.

El presidente recibió á Blanca con gran conmiseración. Comprendía que para ella había sido el más terrible golpe descargado en aquel desgraciado asunto. La infeliz no podía siquiera hablar; desde las primeras palabras se puso á sollozar, y su aspecto suplicante inspiraba compasión más de lo que hubieran hecho sus ruegos. Chastanier tuvo que explicar su presencia y presentar la petición.

—Señor,—dijo al presidente,—aquí venimos suplicando. La señorita de Cazalis ya está anonadada por las desgracias que sobre ella han caído. Os ruego encarecidamente que le ahorréis una nueva humillación.

—¿Qué deseáis?—preguntó el presidente con voz conmovida.

—Deseamos que, si es posible, evitéis un nuevo escándalo... El señor Felipe Cayol ha sido condenado á la pública exposición, ha de sufrir tal castigo en estos días. Pero la infamia no alcanzará á él solamente; alcanzará también á una pobre joven que sufre y os pide compasión. ¿Comprendéis lo que quiero decir? los gritos de la multitud, las injurias, recaerán sobre la señorita de Cazalis; su nombre será arrastrado por el lodo, resonará alrededor del innoble poste, con risas de desprecio, acompañado de sucias expresiones.

El presidente parecía dolorosamente emocionado. Guardó silencio un instante. Luego, como acometido por una súbita idea, dijo:

—¿Es por ventura el señor de Cazalis quien os envía? ¿Tiene conocimiento del paso que dáis?

—No,—respondió el sacerdote con franca dignidad:—el señor de Cazalis ignora que estamos aquí... Los hombres tienen intereses, pasiones que les obcecán, y á veces les impiden juzgar con claridad su situación. Tal vez obramos contra el deseo del tío de la señorita Blanca, solicitando... Pero, por encima de las pasiones y de los intereses de los hombres, están la bondad y la justicia. Yo no he creído comprometer mi sagrado carácter, permitiéndome pedirlos ser bueno y justo.

—Tenéis razón,—dijo el presidente.—Comprendo los motivos que os han traído, y, ya lo véis, vuestras palabras me han conmovido vivamente. Por desgracia, no puedo detener el castigo, no está en mis facultades modificar una sentencia del tribunal.

Blanca juntó las manos.

—Señor,—balbuceó,—no sé lo que podéis hacer en mi favor; pero os ruego tengáis compasión; considerad que yo soy la condenada; tratad de aliviar mis sufrimientos.

—Hija mía, todo lo comprendo. Penoso ha sido mi papel en este asunto... Hoy siento profundamente no poderos decir: Nada temáis, tengo facultad para derribar el poste de su infamia: no tendréis que sufrir tan dura prueba.

—Entonces,—dijo el sacerdote muy affligido,—la exposición tendrá lugar próximamente... ¿Tampoco podéis aplazar tan deplorable espectáculo?

Habíase levantado el presidente y dijo:

—Por petición del regio procurador, el Ministro de Justicia puede aplazar la época. ¿Queréis que la exposición no tenga lugar hasta fines de Diciembre? Mucho me complacerá probaros mi compasión, mi buena voluntad.

—Sí, sí—exclamó Blanca con ardor.—Alejad en lo posible ese terrible momento... Tal vez seré entonces más fuerte.

El padre Chastanier, que conocía los proyectos de Mario, pensó que debían retirarse sin insistir más. Con Blanca aceptó el ofrecimiento del presidente.

—Convenido, pues,—dijo éste acompañándoles.—Hasta dentro de cuatro meses no tendrá lugar la exposición. Hasta entonces, señorita, vivid en paz. Esperad entretanto, tal vez el cielo os envíe algún alivio en vuestros sufrimientos.

Bajaron los dos solicitantes.

Josefina acudió á su encuentro tan pronto como les vió.

—¿Y qué?—preguntó anhelante.

—No fué posible alcanzar más que un aplazamiento,—dijo el sacerdote;—tenéis cuatro meses para trabajar en vuestra empresa.

Mario, á pesar suyo, se había acercado. Oyendo las palabras del padre Chastanier, se adelantó de pronto y le estrechó las manos con efusión.

—Padre mío,—dijo,—me devolvéis la esperanza y la fe. ¿De qué manera probaros mi agradecimiento? Siéntome ahora animado de invencible valor, y estoy seguro de que salvaré á mi hermano.

Blanca, viendo á Mario, bajó la cabeza. Un vivo rubor coloreó sus mejillas. Estaba allí, confusa, cortada, sufriendo cruelmente por la presencia de aquel joven, el cual conocía su perjurio, al cual ella y su tío habían sumergido en la desesperación. Calmada un poco la alegría de Mario, sintió haberse aproximado. La actitud de la señorita de Cazalis le daba lástima.

—Mi hermano,—dijo,—os ha hecho un agravio muy grande. Perdonadle como yo os perdono.

Hubiese querido interrogarla acerca del niño, reclamarlo en nombre de Felipe, pero no se atrevió.

Josefina adivinó su pensamiento y dijo á Blanca, en voz baja, mientras los dos hombres se separaron algunos pasos:

—Acordáos, os ofrecí ser la madre del niño. Os amo, veo que no tenéis mal corazón. Avisadme, y acudiré en vuestra ayuda. Además, yo velaré: no quiero que el pobre pequeñito tenga que sufrir por la locura de sus padres.

Blanca estrechó la mano de la ramilletera.

La señorita de Cazalis y el sacerdote volvieron á Marsella. Josefina y Mario corrieron á la cárcel. Dijeron á Revertégat que tenía cuatro meses para preparar la evasión, y el carcelero juró cumplir su palabra, en cualquier día, en cualquier hora, que se la recordasen.

Antes de marchar, quisieron los dos jóvenes ver á Felipe para informarle de los acontecimientos y decirle que esperase. A las once de la noche, Revertégat les llevó á la celda del prisionero. Felipe no les pareció demasiado abatido.

—Con tal,—dijo,—que me evitéis la ignominia de la pública exposición, con todo me conformo. Preferiría romperme la cabeza contra los muros de la cárcel á ser atado al poste infame.

Al día siguiente, Mario y Josefina volvieron á Marsella. Iban, en más amplio teatro, á continuar la lucha á la cual les impelía el corazón; iban á registrar en el fondo de las humanas miserias y ver descubiertas las llagas de una gran ciudad, entregada á todas las manifestaciones de la industria moderna.